

EL ASCENSO HACIA EL CONOCIMIENTO UNIVERSAL: UN ESTUDIO SOBRE LOS CONCEPTOS DE INDUCCIÓN E INTUICIÓN EN ARISTÓTELES

**The ascent toward universal knowledge: A study on Aristotle's
concepts of induction and intuition**

Flórez R. Jorge Alejandro. El ascenso hacia el conocimiento universal:
Un estudio sobre los conceptos de inducción e intuición en Aristóteles
Editorial Universidad de Caldas. Manizales, 2016, 221 págs

Por *Jesús Arias Cardona*¹

En una época en la que tiende a perderse el gusto por lo clásico en muchas academias de filosofía, es interesante encontrarse con estudiosos que todavía quieren ocuparse en examinar, releer y revalorar las obras de los grandes filósofos antiguos, que a pesar del tiempo no dejan de aportar nuevas perspectivas, cuando se vuelven a analizar aquellas cuestiones perennes de la filosofía, de las que todavía queda mucho por decir. Tal es, precisamente, el carácter de la obra de la que ahora nos ocupamos, *El ascenso al conocimiento universal*, del profesor Alejandro Flórez Restrepo, doctor en Filosofía de Southern Illinois University, actualmente director del programa de filosofía de la Universidad de Caldas. En dicha obra el autor se propone replantear los conceptos de inducción (*epagogé*) e intuición (*nous, entendimiento*) presentes en el *corpus aristotelicum*, y darles una significación que no había sido reconocida hasta ahora por ninguno de los intérpretes, pero que se puede deducir de los diferentes pasajes en donde Aristóteles se vale de estos conceptos. Especialmente, en lo que se refiere a la *epagogé*, el autor destaca los textos más significativos en los que se desarrolla este concepto, señalando que en ellos, la inducción se entiende en diferentes sentidos que no son incompatibles entre sí, sino que conforman un sentido global y analógico de *epagogé*, sentido que da razón de sus diversas formas, pero que no se da de un modo idéntico en todas ellas.

¹ Jesús Arias Cardona es oriundo de Manizales. Actualmente labora como docente de griego y latín en el Departamento de Filosofía y Letras de la Universidad de Caldas y allí dirige el semillero de *Lectura de latín*. Es profesional en filosofía y letras de la misma institución. Su campo de trabajo e investigación corresponde al estudio de las lenguas clásicas (griego y latín) y de la filosofía antigua y medieval.

Dirección postal: Cr 15B 51 B 24. Manizales, Colombia. Apartado aéreo: 275

Dirección electrónica: iesuasarias@gmail.com

Con todo, el propósito principal del autor es mostrar como en Aristóteles el *nous* se apoya en la *epagogé*, tesis que a primera vista parecería extraña si se considera la connotación que tradicionalmente se le ha atribuido a la inducción, asociándola siempre a una forma de conocimiento falible y meramente probable, que no se compagina con la evidencia e infalibilidad que se le atribuye a la intuición, entendida en Aristóteles como el conocimiento de los primeros principios a partir de los cuales se demuestra el conocimiento científico (*epistéme*) y que, por ende, tienen que ser conocidos con mayor certeza que la misma ciencia. Pero, si se atiende a las diferentes acepciones que tiene la *epagogé*, puede entenderse en qué sentido el *nous*, no sólo es compatible con ella, sino que depende y se fundamenta en ella. Nuestro propósito, pues, es mostrar la consistencia de los argumentos del autor, para concluir que realmente la intuición en Aristóteles se fundamenta en la inducción. También es preciso señalar una cuestión que surge una vez establecidas sus conclusiones.

276

En primer lugar, el autor defiende que en Aristóteles “la *epagogé* se dice de múltiples maneras” (Flórez, 2016, 21); esto es, el concepto de *epagogé*, así como el concepto de ser, es analógico, de manera que hay diferentes sentidos de inducción que mantienen, no obstante, una estrecha semejanza y relación entre sí. Sostiene que todas estas formas son importantes y que sin ninguna razón los intérpretes han reconocido algunas, rechazando u obviando otras. Así, intenta sistematizar las diferentes formas de inducción presentes en el *corpus aristotelicum*, proponiendo tres tipos de divisiones: inducción argumentativa e intuitiva, conceptual y proposicional, necesaria y dialéctica. Veamos, en resumen, en qué consiste cada distinción. En su versión argumentativa, la inducción no es más que una forma de silogismo en el que se parte de premisas particulares, o de la enumeración de casos particulares, para obtener una conclusión universal; en este sentido se habla de inducción en los *Analíticos Primeros*.

Por otra parte, en los *Analíticos Segundos*, el concepto aparece ligado a la cuestión de los primeros principios: la ciencia se define por su carácter demostrativo; unas verdades se conocen por medio de otras, y éstas por otras, y así sucesivamente; luego, es preciso que el proceso demostrativo culmine en ciertas verdades que, a su vez, no se puedan demostrar a partir de otras, es decir, que sean indemostrables; de lo contrario, toda demostración desembocaría en un progreso *ad infinitum*, que no da razón de nada. Por eso, Aristóteles sostuvo que hay ciertos primeros principios indemostrables de la ciencia, que son la base de toda demostración. Si bien establece que es el *nous* la facultad que aprehende estos principios, Flórez muestra como en los *Analíticos Segundos* dicha aprehensión es descrita como el

resultado de una inducción, así como la aprehensión de los conceptos universales y las definiciones que se presuponen incluso a la formación de los primeros principios. Esto último hace referencia a la variante conceptual y proposicional de la inducción, según que su resultado sea la captación de una proposición o verdad, o la de los términos (*horoi*) o conceptos que se unen o se separan en una proposición.

Finalmente, se habla de una inducción necesaria, propia del silogismo científico, en la que se llega a una conclusión necesaria en virtud de la necesidad de las mismas premisas; en cambio, en la inducción dialéctica, el resultado no es más que probable o verosímil, como sucede en los silogismos dialécticos, que constituyen el objeto de los *Tópicos*. De todo esto, por la evidencia de textos en favor de unas u otras formas de inducción, sin que sea posible reducir uno de los miembros de la división al otro, u obviar uno en favor del otro, Flórez concluye que Aristóteles acepta todas estas modalidades, teniendo en cuenta que en las diversas fuentes aducidas el término *epagogé* se está empleando en sentidos diferentes. Pero no se trata simplemente de una equivocidad de los términos, sino más bien de una analogía; es decir, si bien se habla de *epagogé* en diferentes sentidos, todos hacen referencia a un sentido único en el que ella se entiende como un ascenso, como un proceso que va de lo particular a lo universal.

277

Si se combinan estas tres divisiones, el resultado es ocho formas de inducción, de las cuales seis son consistentes y significativas:

1. *Argumento proposicional necesario*. Corresponde al silogismo científico en el que se establecen conclusiones necesarias, a partir de premisas ciertas.
2. *Intuición proposicional necesaria*. Es, precisamente, la aprehensión de los primeros principios de la ciencia.
3. *Argumento proposicional dialéctico*. Es el silogismo dialéctico, que establece conclusiones probables, derivadas de premisas tomadas de la opinión general.
4. *Intuición proposicional dialéctica*. Establece proposiciones generales, cuya verdad no está demostrada, pero que son admitidas por la mayoría de la gente.
5. *Intuición conceptual necesaria*. Capta las notas esenciales (género, especie y diferencia) de un objeto dado en la percepción sensible.
6. *Intuición conceptual dialéctica*. Aprehende rasgos accidentales generalmente aceptados, pero que no corresponden a la esencia del objeto.

Las cuatro primeras versiones son reconocidas por varios intérpretes; el profesor Flórez añade las dos últimas como auténticas formas de inducción, ya que en ellas se verifica la noción de inducción como el ascenso de lo particular (la percepción sensible) a lo universal (el concepto).

También se muestra como la inducción es el hilo conductor que dirige todo el proceso cognoscitivo, desde su nivel más básico en la percepción sensible, hasta el entendimiento. Así pues, el autor recorre exhaustivamente todo este proceso que parte de la sensación, pasando por la memoria, la imaginación y la experiencia, hasta ascender al entendimiento, señalando cómo el conocimiento puro intelectual se fundamenta en el conocimiento empírico. Adicionalmente, hace valiosas aclaraciones sobre problemas tradicionales de interpretación, por ejemplo, en lo que se refiere al entendimiento agente, aduciendo que no es un entendimiento separado, sino una facultad del alma humana, forma sustancial y acto primero del cuerpo humano.

278 Después de analizar las diferentes etapas del proceso cognoscitivo, el profesor Flórez concluye con el *nous*, donde culmina este proceso, aduciendo que también es una forma de inducción. En efecto, no se puede concebir el *nous* o la intuición en Aristóteles en un sentido racionalista, es decir, como la aprehensión pura e inmediata de un objeto, con total independencia de los sentidos. Es evidente que en Aristóteles la actividad del entendimiento al formar conceptos y juicios parte de los datos particulares procedentes de la sensación. Es así como el conocimiento de lo universal-inteligible por parte del *nous* es el resultado de un proceso inductivo que asciende desde lo particular-sensible. De ahí que tampoco cabe la interpretación empirista del entendimiento como una facultad meramente sensitiva, como bien señala Flórez: "...creo que desde el punto de vista de Aristóteles, la intuición es un proceso empírico que produce conocimiento puramente racional. Es decir, es un proceso empírico y racional que comienza en la percepción sensorial y concluye en un acto intelectual con la aprehensión de un universal" (2016, 186). Esta explicación es la que permite dar razón de las formas de inducción intuitiva enumeradas *supra*.

Quizá parezca sorprendente enumerar el argumento necesario como una de las formas de la inducción, pues es sabido que una argumentación en la que la verdad de la conclusión es necesaria en virtud de las premisas, es precisamente la de carácter deductivo; ¿se podría hablar, en este caso, de una deducción inductiva? A esto se puede responder que las premisas de un argumento deductivo pueden ser el resultado de una inducción; pero en este caso, la inducción se queda en el nivel meramente proposicional, y se torna superflua desde el punto de vista argumentativo, es decir, cuando se

trata de inferir la conclusión de las premisas en el silogismo científico. Sin embargo, en el libro se estudia un argumento que Aristóteles reconoce como *epagogé*: allí se parte de la enumeración completa de todos los miembros de una clase x, en cada uno de los cuales se verifica una misma propiedad P, para concluir que la clase x tiene la propiedad P. Este tipo de argumento, como se ve, es deductivo, porque toda la información que hay en la conclusión está contenida en las premisas. No obstante, se puede llamar también inductivo, porque parte de la enumeración, si bien completa, de los casos particulares.

Es interesante notar cómo el autor logra armonizar los conceptos de inducción e intuición, al parecer incompatibles según las connotaciones que tradicionalmente se le atribuyen a la inducción, como un conocimiento meramente verosímil y falible, cercano a la opinión, consistente en generalizaciones empíricas de las que sólo resultan conclusiones probables, mientras que se concibe la intuición como una forma de conocimiento inmediato, generalmente asociado a la evidencia. La clave para entender lo que propone el profesor Flórez es precisamente la analogía de la inducción: hay diversas formas de inducción, pero en todas ellas se salva la noción de una forma de conocimiento que permite ascender de lo particular a lo universal. Así, la inducción en el sentido tradicional, no sería más que una de las formas de *epagogé* en Aristóteles, es decir, la dialéctica.

279

Pues bien, entendiendo la inducción como ascenso, se hace comprensible por qué la actividad del *nous* es inductiva, a saber, porque asciende desde el nivel inferior de la percepción sensible. Se puede añadir un concepto clave para reafirmar la tesis de Flórez, y es el concepto de abstracción, desarrollado sobre todo en la interpretación escolástica del *corpus aristotelicum*. Los sentidos y el entendimiento tienen sus propios objetos: lo sensible y lo inteligible. Ahora bien, como el alma intelectual es la forma, el acto primero del cuerpo humano, por eso sólo puede llegar a lo inmaterial inteligible por medio de lo material sensible. Para que el entendimiento pueda captar lo inteligible del objeto, es preciso separarlo de lo sensible; la actividad por la cual el entendimiento efectúa dicha separación es lo que se llama abstracción. Es el hecho de que, junto con la percepción sensible, el entendimiento es capaz de formarse un concepto universal del objeto que exprese sus rasgos esenciales. De ahí que se distingue una doble facultad en el entendimiento: una activa, que abstrae el concepto de la percepción (lo sensible de lo inteligible), y que Aristóteles llama entendimiento agente (*nous poietikós*), y otra pasiva, por la cual el entendimiento aprehende los conceptos abstraídos; aquí, el entendimiento es pasivo al recibir el concepto.

La abstracción tampoco se ha de entender en el sentido empirista de elaborar una idea que incluya rasgos sensibles comunes a varios objetos, sino

como una forma de aprehender la esencia inteligible del objeto, separándola de la previa percepción sensible. En estos términos, se puede consolidar más la idea de que en Aristóteles, si bien el conocimiento intelectual parte de una base sensible, no se limita a la esfera de lo sensible, sino que la trasciende. Por lo demás, esto también permite dar razón de las dos afirmaciones de Aristóteles, al parecer incompatibles, de que el entendimiento es una forma unida a la materia (al cuerpo humano) y por otra parte, es inmortal e impasible. Lo primero, explica en qué medida el entendimiento depende de los sentidos, lo segundo, muestra cómo los trasciende y es autónomo al realizar su propio acto. Por eso, Flórez hace muy bien al reconocer que, si bien el *nous poietikós* no es una *inteligencia separada* (como en la interpretación averroísta), sino una facultad humana unida a la materia, tampoco es una facultad meramente sensitiva.

280

Ahora bien, desde el análisis que ofrece el autor, por lo demás completo y minucioso, y las nuevas claves interpretativas que propone para el insigne filósofo griego, surge una cuestión que se refiere concretamente a la facultad del entendimiento que conoce los primeros principios indemostrables de la ciencia. En efecto, la evidencia que Aristóteles le atribuye a estos principios no se compadece con la idea de que son el resultado de una inducción que parte de la experiencia. Parece que lo característico de los primeros principios es la autoevidencia, el que sean conocidos por sí mismo sin suponer un conocimiento previo; precisamente por eso se dice que son conocidos por intuición, como una forma de conocimiento inmediato. Es claro que un principio autoevidente como el principio de no contradicción no necesita de la experiencia para ser conocido; basta con tener la idea de *ser* para comprender de inmediato que una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo. Por otra parte, surge la objeción racionalista de que la necesidad y universalidad que pensamos en estos principios no se puede derivar de la experiencia, ya que todo lo que se puede afirmar a partir de ella es particular y contingente. Finalmente, si los primeros principios dependen de algo previo, a saber, la experiencia, ¿cómo se puede decir, entonces, que son *los primeros*? Estas objeciones no obligan de entrada a reconocer un innatismo en Aristóteles, lo que, como bien muestra el autor, no es coherente con el conjunto de la gnoseología aristotélica, pero parece que sí deben ser resueltas si se quiere afirmar consistentemente que el *nous* que conoce los primeros principios, también es inductivo. Como se ve, esta es una dificultad, no tanto propia de la obra que estudiamos, sino inherente a los mismos planteamientos del estagirita, y que puede motivar ulteriores investigaciones sobre el tema.

Cabe, pues, reconocer que el profesor Flórez sí logra su objetivo de mostrar que el entendimiento en general se basa en la inducción, si se tiene en cuenta todos los sentidos analógicos en los que Aristóteles usa este término, quedando abierta la cuestión de cómo esto se aplica al caso concreto del entendimiento que aprehende los primeros principios.

Referencias bibliográficas:

FLÓREZ, J.A. (2016). *El ascenso hacia el conocimiento universal: Un estudio sobre los conceptos de inducción e intuición en Aristóteles*, Manizales: Editorial Universidad de Caldas.